

Capítulo 1

Ciudad de Inocentes

Desde mi infancia, siempre he creído que un mundo diferente al mío no existía. Que era totalmente imposible. Que los rumores que se acogían a que otro lugar paralelo y muy diverso al existente se amparaba en algún lugar, eran infinitamente inciertos. Hasta que un día, mis ojos echaron por tierra a mis creencias. Mi nombre es Belina Maerd y, aunque nadie lo crea, he encontrado el paradero donde los sueños descansan.

- Belina, te he dicho mil veces que te tomes el café. Un día de estos, con el frío que hace en la calle, se te va a congelar -le dijo su compañero de trabajo Liam.

-Lo siento, gracias por traérmelo... Es que estaba trabajando con este artículo. Me tiene hablando sola -dijo suspirando y acalorada.

-Oye, está bien... Hoy, tómate un descanso -propuso su compañero apagándole la pantalla del ordenador.

-Pero ¡Estás loco!, tengo que terminarlo para mañana. Estoy segura de que pronto daré con esos bándalos - le dio tal ataque de histeria que parecía que sus ojos se iban a lanzar encima de las manos de Liam.

-En serio, no hagas que te lo repita. Márchate a casa, relájate y ya mañana me lo terminas -le dijo sin oportunidad de súplicas.

-Pero, ¿quién te has creído...? -no pudo terminar la frase, pues sabía que no iba a llegar a nada.

-Pues, tu jefe. El mismo que te está dando un respiro. No puedes seguir así, obsesionada con que esa banda de quinceañeros te consuma.

-No son simplemente ellos. Sé que si no soy capaz de llegar a alcanzarles es porque en realidad no son de aquí -explicó Belina con cara de indignación.

-Querida ¿De verdad que sigues creyendo que ese lugar existe? -preguntó un tanto preocupado.

-No... Que va. Estoy cansada, sólo es eso. Iré a casa, dormiré un poco y mañana acabaré. Tienes razón -dijo, mientras se levantaba, cogía su chaqueta de cuero y su bolso.

-Sabes que siempre la tengo. Descansa -le aseguró Liam mientras le acariciaba las mejillas.

Después de tantos pensamientos absurdos y revoltosos, las puertas del ascensor se abrieron para dejar pasar a Belina. Sus pasos desorientados se dirigieron con mucha intensidad hasta la puerta cuyo cartel colgante señalaba la salida. Fuera, se propuso avanzar ligeramente rápido, para así llegar lo antes posible a su humilde apartamento. Muchos rascacielos adornaban las vistas de su ventana, aunque si tales edificios cristalinos mirasen al suyo, se burlarían por su mediocre aspecto. Pero era, sencillamente, lo único que tenía.

Antes de llegar a las escuetas escaleras que daban la bienvenida a su portal, Belina se propuso parar un rato en las cómodas sillas de la cafetería "Paraíso Verde". Un nombre bastante ridículo, cuando se encontraba rodeado de enormes rascacielos, siendo el único árbol verde, el que tenían plantado en la entrada.

Una vez atendida, se tomó con dedicación su sabroso zumo de guayabos. Era la única cafetería en toda la zona que vendía tal exquisitez. Mientras pensaba en sus cosas, Belina sintió como en sus piernas había algo que le picó con preocupación. Cuando decidió mirar con desesperación, se dio cuenta de que nada se descubría junto a sus finas piernas. Mosqueada, terminó por agacharse para ver si la cosa que la tocó estaba cerca, pero ella no vio nada. Se dio cuenta, una vez a gachas, que las personas que tranquilamente se situaban sentadas en la terraza de tal singular cafetería, la estaban mirando. Por lo tanto, al descubrir dicha situación, se propuso volver a su sitio. Una vez en él, su corazón casi se paraliza por completo. Un extraño joven encapuchado, de piel clara y ojos negros, se situaba frente a ella. Belina nunca antes le había visto, no sabía de quién se trataba. Él, le acercó su mano y le entregó un papel. Belina con expresión asustadiza extendió su mano tostada y lo cogió.

-Aún no la lees... Sólo hazlo cuando llegues a tu casa -le advirtió el joven.

-¿Quién eres? -quiso saber ella.

-Eso no te importa -le contestó con cierto carácter -Soy el mensajero de las almas ocultas. Nadie sabe que estoy aquí.

Belina echó una carcajada, con connotaciones ridículas en sus labios, pues era imposible que nadie supiese nada, cuando estaba en una cafetería pública y a plena hora punta del día. Con indefinidas carcajadas se propuso voltearse. Entonces, fue cuando se percató de algo que no encajaba en la razón. Las personas que se situaban a su alrededor estaban paralizadas. Nadie pestañeaba. Se giró hacia donde estaba el joven y con vergüenza se propuso a escucharle, pues nada de lo que estaba pasando era normal.

-Están congelados en el tiempo. Es un truco que ya irás aprendiendo -le aseguró sonriente él.

-Espera, espera... ¿Que iré aprendiendo? ¿A qué te refieres? -preguntó atónita.

Belina no sabía a qué hacía referencia.

-Cuando llegues a tu apartamento, lo sabrás -le contestó.

En ese momento, se levantó y abandonó la mesa, dejándola en una pequeña confusión.

-¡Espera, cómo dices! -alzó la voz, volviendo en sí. Aunque esta vez, él había desaparecido y su alrededor se encontraba activo. Todo el mundo la miró con rostros extrañados y soltando algún que otro comentario propio de lo que acababan de ver. Pues, levantarse de una silla chillando, sin nadie que reciba el mensaje, resultaba un tanto insólito.

Las calles mojadas por la feroz tormenta que había caído días anteriores, eran las claras participantes de que Belina mojase sus botas de piel, tan caras. Pero todo le daba igual porque la nota que le había dado el joven, era lo único que no había desaparecido de la cafetería. Estaba desesperada por saber a qué se refería.

Como un cohete entró en su apartamento, destrozando todo lo que encontraba a su alrededor, pues sus botas humedecidas le causó un pequeño problema al entrar. En el interior, se propuso a soltar su bolso y a abrir el interesante papel doblado. Belina al leer lo que en él ponía, sus ojos se les iluminaron como el brillo que nace cuando dos perlas son descubiertas.

-No me lo puedo creer... -dijo con las manos en la boca al leer tan esperado secreto. Belina estaba totalmente emocionada. No podía creerse lo que en ese papel estaba escrito:

¿Quieres ser parte de La Fábula de los sueños? Para ello, primero debes superar el primero de los retos... Encuentra la llave de los sueños. Ésta hará que empieces a caminar entre ellos. Su mirada te dirá donde debes empezar a buscar y antes de la medianoche deberás entrar, sino te encontrarán y nada podremos hacer por ti.

En cuanto lo leyó, el manuscrito mágicamente desapareció. Entre sus manos una polvareda extraña se deshizo como si sus palabras la hubiesen quemado. Belina no entendía absolutamente nada de lo que acababa de leer. No sabía cómo conseguir esa llave, ni como era. Nunca en su vida la había visto, entonces ¿Cómo iba a encontrar algo que nunca ha podido identificar? Estaba totalmente desconcertada. Como por algún sitio tenía que empezar a buscar, se encaminó a revolver todos los rincones de su apartamento. Empezó, en una primera instancia, por su habitación. Puesto que sería el lugar donde más posibilidades habrían de encontrar dicho objeto que se mencionaba en el papel. Al ver que en el dormitorio no se hallaba lo que tanto ansiaba, se dedicó a rebuscar por las demás partes en las que se dividía su vivienda.

Al cabo de unas cuantas horas, se dio por rendida, en cuanto a la búsqueda en la casa. Pues entre tantos aparatos rebuscados, no encontró absolutamente nada similar a unas llaves y, menos aún que diese alusión a los sueños. Por lo tanto, Belina se echó a la calle. No sabía por donde empezar a buscar, pero estaba segura de que en algún lugar de su grandísima ciudad tenía que estar. Ciudad de Inocentes estaba dividida en dos lugares bien diferenciados. La parte central donde se concentraban todos los gigantes rascacielos y, una segunda parte, que era el Bosque de los Inocentes, pues éste era el pulmón de dicha ciudad, la rodeaba en círculo, proporcionándole una extrema protección. Sólo aparentemente.

Belina acalorada de tanto correr, se le agotaba la esperanza. Ya había oscurecido y, poco a poco, se iba haciendo cada vez más tarde. La noche estaba siendo su única espectadora. Con lentitud pero con agilidad, las personas que la rodeaban iban abandonando las calles y los sitios que se dejaban alumbrar se iban apagando. Todos los lugares de ocio se acogían a la noche encerrada. Por lo tanto, Belina exhausta, decidió descansar y pensar en su cafetería habitual. Era la única que se mantenía abierta hasta la

medianoche. Era el único lugar en el que podía pararse a pensar. No sabía a qué otro sitio ir. Se había recorrido casi toda la extensa ciudad. Desde los parques más rebuscados hasta los edificios más emblemáticos. No había ningún lugar que se le escapase a sus pies delicados.

Se sentó en una de las sillas de la terraza y se dedicó a pensar. Se abanicó levemente su pelo rojizo, llamando la atención de todos los presentes que se refugiaban bajo sus abrigos. Belina sintió por un momento llenar su boca de orgullo y plantarle la mosca a aquellos que la criticaban por ser diferente. Si muchos la hubiesen visto correr desde un extremo de la ciudad a otro, encontrando algo que le parecía imposible, se lavarían sus lenguas de superación. Pero no era momento para compararse con nadie, pensó finalmente. Simplemente, se dedicó a reflexionar sobre todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo.

-Pensaba que los sueños eran imposibles de alcanzar. Cuando vi su mirada, supe que en algún lugar de su alma, sería donde los iba a encontrar... - susurró a sus adentros. Entonces, cayó en la cuenta de algo.

Como una bala, se levantó de la silla y empezó sin rumbo a correr. Necesitaba encontrar esa mirada. A todas las personas que caminaban por la calle, ella se dedicaba a mirarlas, intentando intuir algo que le hiciese identificar dónde se podía hallar dicha llave. Aunque sin apenas darse cuenta, en realidad, a quién estaba buscando le iba a serle muy difícil de encontrar, pues estaba segura de que no pertenecía a Ciudad de Inocentes. Ese misterioso mensajero que le entregó dicho papel, tenía que encontrarse por algún sitio. En algún lugar, descansaba su mirada.

Después de tanto correr y mirar más allá de los ojos de todas las personas con las que se topaba, se encontró rendida. No sabía donde más buscar ni en qué lugar encontrar a tal extraño joven. Sus pies muertos, decidieron descansar en un acomodado banco que se situaba cerca de ella. Sus suspiros eran flechas clavadas en sus pulmones. Para algo interesante que se le presentaba en su vida y se le echaba a perder. No entendía cómo podía ser tan difícil el reto que le habían marcado. Tampoco estaba segura de si ella misma estaba realmente cuerda del todo, porque ya se estaba acercando la medianoche y nada había pasado. No había nadie entre las calles, ni en el parque que se situaba frente a ella. De pronto, Belina sintió un ruido extraño proveniente de la entrada de dicho jardín. Tranquila se dispuso a observar. Con la mirada fija en su entrada, observó algo muy extraño. Entre las verjas abiertas del dichoso lugar, se

dejaron caer unas oscuras manos. De pronto, de la sombría noche, salieron unos cinco encapuchados en dirección a ella. Belina, asustada se levantó y empezó a dar pequeños pasos hacia atrás. Se encontraba en estado de shock, no sabía por qué pero no podía moverse, únicamente, podía escuchar a su corazón latiéndole sin parar. Cuanto más cerca se hallaban, se podían apreciar con más precisión sus ojos rojos. Belina aún más espantada, empezó a ir con mucha más rapidez hacia atrás. Y sin darse cuenta, unas manos frías, la cogió a su espalda. Muerta de miedo, pensó que era su perdición y sólo hizo cerrar los ojos. Pero, sintió como esas manos no le hacían nada, así que se apresuró en volverlos a abrir. Su impresión fue sorprendente, frente a ella se encontraba el mismo mensajero que le entregó dicho papel.

-Vamos, sígueme -le dijo manifestándole confianza.

Belina al ver su mirada, entendió perfectamente a qué se refería el reto.

De un momento a otro, se vieron sumidos en una persecución desesperada. Los terribles encapuchados diabólicos, les perseguían con un ritmo agotador. Corrían con sed de poder. Belina se temía lo peor al ver con que desesperación les seguían. No sabía cuánto iba a tardar en llegar el cansancio a sus persistentes pies. Entre tanto alboroto, el joven misterioso se detuvo frente a una puerta de madera, sellada de tal forma que parecía mágica. No entendía por qué se paraba ahí cuando tenía a esos malévolos delincuentes muy cerca de ellos.

-¡Abre la puerta! -exclamó él.

-Pero, ¿cómo voy abrirla? -preguntó atemorizada al ver que pronto tendrían a los vándalos encima.

-Con la llave de los sueños. ¡Ábrela! O, sino, no podré ayudarte -le propuso desesperado.

-¡No sé dónde está! -dijo recelosa.

-Busca en tu interior, Belina. Encuentra tu marca.

No entendía que le estaba intentando decir. Pronto, sus ojos se humedecieron. A pocos metros se acercaban veloces los ladrones de ojos rojos. Ante la desesperación, Belina se echó las manos a la cara, con las lágrimas rozándolas tiernamente. Entonces, en ellas, algo se iluminó. Asombrada, se percató de que en su muñeca tenía el dibujo de una llave, tatuada en su piel. Éste estaba iluminado porque sus lágrimas dieron paso a su albor.

-Vamos, ¡tócala! -le ordenó él.

Impresionada, así lo hizo. Todo quedó en silencio y la extraña puerta, alumbró segadoramente el lugar. Los ojos de Belina quedaron más abiertos que nunca al ver lo que estaba ocurriendo en esos momentos.

Después de la luz resplandeciente, la mirada de Belina quedó fijada a aquello que se dejaba apreciar. Una increíble pasarela colgante, mágicamente sujeta por sí sola, se alargaba, dejando paso a unas puertas gigantes azules.

-Belina, si quieres formar parte de La Fábula de los Sueños primero tienes que dar el paso más importante -dijo el joven misterioso, mirándola fijamente a los ojos.- Deberás creer que puedes hacerlo y sobrepasar todas las pruebas. Para ello, debes decidir avanzar o quedarte en Ciudad de Inocentes -concluyó proporcionándole un ultimátum.

Belina tragó saliva y volvió a mirar el interior de tal asombroso lugar. Entonces, asintió y con coraje se atrevió a dar el primero de los pasos. La puerta mágica se cerró, dejando a unos malhumorados encapuchados golpeándola con la intención de poder traspasarla. Aunque, claro, sin resultados obtenidos.